

LOS LIBROS

Relicarios de ideas dibujadas con letras
en el cortijo viejo que habitó don Manuel,
los libros se conservan detrás de las vitrinas,
armarios con cristales, sobre los que la luz,
de una ventana atrás que mira hacia poniente,
levemente dibuja un paisaje de encinas,
refleja su presencia y hasta acerca, diría,
el marítimo aroma de unos limoneros.
También llega a los libros la voz de la guardesa,
cuando da de comer el grano a las gallinas,
el piar de las aves, el ladrar de los perros,
el paso de los días de los meses del año.

Desde aquí donde escribo al amor de la lumbre,
ha terminado enero, quiere empezar febrero,
puedo leer incluso alguno de sus títulos,
The Economic History of England de Lipson,
es uno, junto a él *Mittelalter* de Hellmann,
más allá de Torcuato Tasso hay una fábula,
Aminia, boschereccia, editada en Parigi,
París, 1800, que tiene una leyenda
de atribulada tinta, que dice descifrada:
«ce livre appartient a Laffour...» ¿quién sería?
¿dónde lo compraría mi padre que lo firma
según es su costumbre en la contraportada?
Stendhal au pays de comediennes es otro,
como muchos regalo del caro Aurelio Viñas,
que un día al ruiseñor asesinó en la jaula.

Los libros por los años se conservan indemnes,
amarillos mantienen ignorados secretos,
no sólo los filambres, la plata y los jazmines,
también la fantasía, la ciencia o el amor,
y la sabiduría. Por ello hay que guardarlos,
preservarlos del daño y tenerlos presentes,
que volverán un día a ser de nuevo abiertos,
la incomparable fuente de aquellos que los lean,
sedientos de venturas o de desaventuras.

BERNARDO VICTOR CARANDE